

era lo único que podía sostener esta obra incoherente.

»Sabiendo bien, sin embargo, que la causa que sostenía no estaba bastante en armonía con los sentimientos del siglo, Napoleon tuvo por primera necesidad que desarmar, ó por lo menos neutralizar la enemistad monárquica y sacerdotal, restableciendo el culto religioso, y haciéndose él mismo un monarca. Una vez soberano, la firmeza de su carácter, el fin que él se proponía alcanzar, sus talentos, la naturaleza crítica de los tiempos, le hicieron inevitablemente déspota; sin embargo, mientras sacrificaba la libertad política, que para la mayor parte de la masa humana no ha sido más que una palabra halagadora, puso el mayor cuidado en restablecer la igualdad política, bien real que produce una satisfacción creciente al compás de lo que desciende á todas las clases de la sociedad; pero esta igualdad política, principio vital de su gobierno, secreto de su popularidad, le hizo el monarca del pueblo; pero no el soberano de la aristocracia. Por esto Pitt le llamaba el hijo y el campeón de la democracia: verdad tan evidente, como lo sería si se dijera que Pitt y sus sucesores fueron los hijos y campeones de la aristocracia. Es por esto también, conforme á esta opinión, que las clases privilegiadas de Europa hicieron caer sobre Napoleon el odio implacable y de todo punto natural que tenían por la Revolución francesa, cuando vieron que las innovaciones habían encontrado en él un protector; que él solo tenía la preeminencia en un sistema tan odioso para ellas, y que era realmente lo que él mismo decía ser: *la Revolución organizada.*»

La muerte llegó al fin para él el 5 de Mayo de 1821.

«Este terrible fin de un tal hombre y un tal reinado ha excitado las recriminaciones más violentas, las lamentaciones más amargas y desesperadas. La historia, la poesía, el teatro, los folletistas, la literatura, todas las artes han encontrado en él una fuente inagotable de inspiraciones.

»Olvidando que el hombre no había tenido más que un fin, su propia elevación; que su reinado había por dos veces llevado á Francia á la ruína; haciendo caso omiso de sus faltas, de sus locuras,

de sus crímenes, hase creado una leyenda en el puesto que debe ocupar la verdad, ha presentado el mártir allí en donde no hubo sino la espíación; y gracias á esas imaginaciones más ó menos sinceras, se ha convertido el que había devastado á Europa, pisoteado sus pueblos, aniquilado á Francia, y excitado los odios internacionales más inaplacables, apagado la antorcha de la revolución, y devuelto á Francia las instituciones y abusos de la vieja monarquía, hase convertido este hombre decimos, en ángel libertador de las nacionalidades, en Mesías del progreso de la civilización.

»En cuanto á mí, lo digo muy alto, con el ojo seco contemplo á Napoleon clavado en una roca en medio de los mares; mis lágrimas las reservo para aquellos que fueron víctimas de su ambición.»

Así habla Charras en su libro sobre *La Campaña de 1815*, pero nosotros hemos de decir con Luís Blanc que éste funesto error de la humanidad y de Francia del que se quejaba Charras, tuvo por causa, no los actos ni voluntad propia de Napoleon, sino esa misma bandera tricolor que la revolución y él hicieron pasear por Europa, ciertamente, con bien distinto propósito.

Napoleon fué un héroe de la democracia sin saberlo, sin quererlo ser, por esto la democracia europea, la democracia francesa, al ver la obra del hombre, sin saber que se realizó á despecho suyo, le ha aclamado como á uno de sus hijos. En este sentido, podemos decir con Luís Blanc, que «el papel que en la historia ha desempeñado Napoleon ha sido el de preparar á Europa para la unidad democrática por medio de la guerra, papel que desempeñó lo mismo al arrojar á Francia sobre toda Europa, que cuando, y aún sobre todo, cuando trajo á Francia, con sus derrotas, á Europa entera. Entregada Francia á los extranjeros que hollaban su suelo, los conquistó moral y definitivamente para la democracia. De esta suerte su obra cosmopolita se cumplió por medio de sus derrotas, después de haber principiado con sus triunfos. Napoleon vencido ha influido más directamente en el mundo que cuando lo recorría victorioso.»



## CAPITULO XL

### LA SANTA ALIANZA

Ultimas resistencias militares de Francia: Longwy, Saint-Chaffres.—Daumesnil en Vicennes.—Barbanegre en Huningue.—Su heroica defensa.—Su capitulación.—Cómo la recompensó el archiduque Juan.—Revisión del tratado de París de 1814.—Opónese á ella Luís XVIII.—Intimánla los aliados.—Encarnizamiento de los prusianos y alemanes del Sud.—Furores de los ingleses.—Política de Alejandro.—Sus ministros Capo d'Istria y Pozo di Borgo.—Reclama Capo d'Istria la integridad de Francia.—Desencadenanse todas las pasiones.—Reclama Prusia, Alsacia, Lorena y otras provincias.—Apoyan á Prusia todos los aliados menos Rusia.—Disentimiento entre lord Liverpool y Wellington.—Opónese éste á la desmembración.—Transige Rusia aceptando se quiten á Francia algunas plazas fuertes fronterizas.—Pónese á su lado los ingleses.—Formúlase las reclamaciones: nota del 16 de Setiembre de 1815.—No se concede nada á los españoles.—Desdén con que fueron tratados por los aliados.—Llévanse los aliados las obras de arte que los franceses habían sacado de Europa.—Declamaciones de los franceses á este propósito.—No se devuelven las españolas.—Convocación y reunión de las nuevas Cámaras.—Efectos políticos del terror blanco.—Los ultras dominan en las Cámaras y París.—Retirada de Talleyrand y Fouché.—Richelieu primer ministro.—Sus relaciones con el emperador de Rusia.—Reclamaciones de Richelieu.—Hácenle los aliados algunas concesiones.—Ratifican las Cámaras el tratado de paz: 20 de Noviembre de 1815.—Déjase á una comisión mixta la cuestión de daños y perjuicios.—Niégase Inglaterra á someterse.—Concédensele setenta millones.—Declárase excluída para siempre de Francia la dinastía napoleónica.—Frocuran los reyes consolidar sus tronos.—Tratado de *La Santa Alianza* entre Rusia, Austria y Prusia.—La amiga de Alejandro, Krudner, fué su inspiradora.—Iluminismo de Alejandro.—Firmase el tratado: 26 de Setiembre de 1815.—Su articulado.—Niégale Inglaterra su adhesión.—Adhesión de Francia y España.



MIENTRAS los realistas, ciegos de ira por el susto pasado, proseguían impunemente vengándose de los vencidos, los aliados, á quienes parecía que esta vez habían entrado como vencedores en Francia, se disponían á sacar provecho de la victoria.

Las últimas resistencias militares habían cedido. Como cuando la primera invasión de Francia, algunos jefes militares habíanse negado á rendir las plazas que defendían sin orden del monarca de Francia reconocido de hecho ó de derecho por la nación. Así se vió á Longwy y á Saint-Chaffres sostenerse hasta el último momento contribuyendo á la hermosa defensa de estas plazas lo mismo el paisanaje

que los militares. Daumesnil en 1815 como en 1814 conservó á Francia el castillo de Vicennes y su parque de artillería, y en Huningue el general Barbanegre sostuvo larguísimo sitio con solos ciento treinta y cinco soldados heroicamente secundados por la población, y veinticinco mil austriacos mandados por el archiduque Juan no tuvieron más remedio que esperar á que Barbanegre capitulase cuando ya no tenía á sus órdenes más que cincuenta soldados, valentía que el archiduque recompensó abrazando y besando al general Barbanegre al desfilar éste con sus cincuenta hombres por delante de los vencedores.

Dominada la situación militar los aliados hicieron



comprender á Luís XVIII que se equivocaba si se figuraba que los aliados se retirarían con las manos en los bolsillos, satisfechos por haber acabado de una vez con el usurpador. Los aliados querían ahora echarle un remiendo al tratado de París del año 1814, que por lo contrario Luís quería que se respetase en toda su integridad.

Ya hemos dicho que los más encarnizados enemigos eran los prusianos, y esos alemanes del Sud que durante tantos años habían servido de carne de cañón al emperador Napoleón lo mismo en Alemania que en España y Rusia. Los ingleses apoyaban ahora á los alemanes, y sin la circunstancia de tener

Alejandro al frente de su gobierno á dos meridionales, al griego Capo d' Istria y al corso Pozzo di Borgo, el gran enemigo de Napoleón; hubiera ya llorado Francia en 1815 las pérdidas que otro Napoleón, el tercero, le causó en 1870. Capo d' Istria ya desde el 26 de Julio acudió en socorro de Francia presentando á los aliados en nombre de Rusia una Memoria en favor de la integridad de Francia, y si con este paso se salió al reparo de lo que se quería hacer, también con él se dió motivo para que todas las pasiones se desencadenasen.

Prusia presentó una tras otra varias Memorias reclamando la Alsacia, la Lorena, la Flandes y una



Fusilamiento de Ney

parte de la Champagne y del Franco Condado. Austria, los pequeños Estados alemanes y los Países Bajos sostenían á Prusia. Lord Liverpool, á la sazón primer ministro, estaba también á su lado, pero su modo de ver no lo compartían ni Wellington ni Castlereagh que no querían destruir á Francia en provecho de Alemania. Tan fuerte era la marejada que el mismo tsar creyó que debía llegarse á una transacción arrancándole tan solo á Francia algunas plazas fuertes de la frontera. Cedió á sus instancias el ministerio inglés, y con esto llegaron todos á una inteligencia que dió por resultado la nota que se dirigió al gobierno francés el 16 de Setiembre, reclamando para los Países Bajos las plazas de Condé, Philippeville, Marienbourg y Givet; para Prusia, Sareelouis y la línea del Save; para Baviera, Landau; para Suiza el fuerte de Joux; para Cerdeña el fuerte de l' Ecluse y la parte de Saboya que se había cedido á Francia por los tratados de 1814. Además se reclamaba que fuesen arrasadas las for-

tificaciones de Huningue, que Francia pagase á los aliados ochocientos millones, declarando, por fin, que los aliados habían resuelto ocupar á Francia por espacio de siete años, para hacer imposible todas las restauraciones. Aunque nosotros habíamos hecho entrar en Francia un pequeño ejército á las órdenes de Castaños, no sólo no quedamos allí de guardianes de la monarquía de Luís XVIII sino que se nos hizo repasar desdeñosamente los Pirineos.

Por esto tampoco no obtuvimos que se nos devolvieran las obras de arte que los generales franceses y en particular Soult, y el gobierno napoleónico habían robado á España.

Nada por cierto tan peregrino como ver en este punto al mismo Enrique Martín defender y sostener el derecho de Francia sobre las dichas obras que ahora las potencias europeas se llevaban del museo del Louvre. Hemos dicho varias veces de qué manera las había adquirido Francia, y hablar á este propósito de expoliación y de pillaje es pospo-

ner á la recta y severa justicia el patriotismo exagerado de los franceses, causa tantas veces para ellos de grandes desgracias.

La necesidad de esperar á que estuvieran reunidas las nuevas Cámaras francesas para que aprobaran el tratado de París, había dado tiempo para que Francia procurase regatear algo de lo que se le exigía y el duque de Richelieu hizo lo que pudo. Pero vinieron las nuevas Cámaras, cuyos colegios electorales fueron convocados el día 14 de Agosto, y Richelieu tuvo que resolverse.

Dicho se está que las nuevas Cámaras resultaron más ultras que el gobierno y la corte. El terror blan-

co, que dominaba en Francia, retrajo de los colegios electorales á los liberales que eran perseguidos con encarnizamiento, llegando á ser necesario en el Mediodía que los austriacos ocuparan cuatro departamentos para poner término al asesinato y al ensañamiento. Los ultras en donde iban ahora á dominar era en París.

Talleyrand y Fouché comprendieron desde luego que su tiempo había pasado y procuraron desfilarse antes de que los ultras, que ya habían empezado sus ataques, les persiguieran con ensañamiento. Fouché presentó su dimisión y se contentó con el humilde puesto de embajador de Francia en Sajonia.



Rendición de Huningue

nia. Talleyrand poco después ofreció la dimisión entera del gobierno que el rey aceptó, porque Talleyrand estaba manchado para Luís XVIII con las mismas impurezas que Fouché y nunca sintió por él afecto alguno, sufriendole porque se había impuesto, y el gobierno pasó á manos del duque de Richelieu, quien ocupó el mismo puesto que dejaba vacante Talleyrand: por esto le toca al descendiente del gran cardenal la triste tarea de tener que devolver al extranjero lo que el cardenal le había arrancado para redondear las fronteras de Francia.

Era en aquellos momentos la elección de Richelieu de las más acertadas. El duque había emigrado al estallar la revolución en Rusia, cuyos gobiernos emplearon su rectitud y capacidad administrativa en el Mediodía del imperio, y aún hoy se guarda memoria grata en Odessa de su gobierno. Esta elección era naturalmente grata al tsar que veía ahora á uno de sus altos oficiales al frente del gobierno de Francia, y no hay duda que para satisfac-

cer á Richelieu, que quería á toda costa abandonar el gobierno antes que presentar á la aprobación de las Cámaras el tratado de paz que las potencias aliadas imponían á Francia, se hicieron algunas concesiones, con lo que se obtuvo su aprobación en 20 de Noviembre de 1815. En su consecuencia se dejaban á Francia en el departamento del Norte á Condé; en las Ardenas á Givet; en el Jura el fuerte de Joux; y en el Ródano el fuerte de la Ecluse. Se rebajaba la contribución de guerra á setecientos millones, y la ocupación militar á cinco años, ciento cincuenta mil hombres debían ocupar la frontera, pero ni Lille, ni Metz, ni Strasburg recibieron guarnición extranjera. Para mantener estos soldados, Francia debía pagar á los aliados cincuenta millones anuales.

Además, se convino en dejar á una comisión las reclamaciones de los Estados grandes y pequeños que pedían indemnizaciones por los daños que les habían causado las guerras del imperio. Pero Ingla-